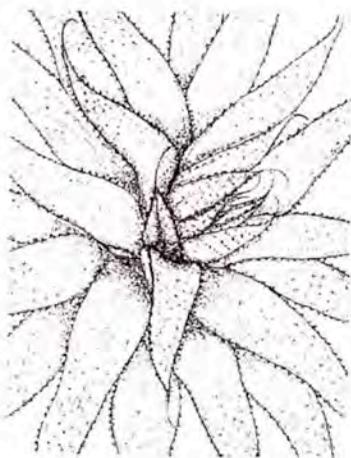


tancia se vuelve encuentro en la pintura. En su cuento, Luis Fayad dibuja una ciudad, un hombre, un perro. Contada con un lenguaje sencillo e inmediato, es la historia de una doble búsqueda: el perro busca al hombre y lo persigue hasta entrar en su casa; el hombre no acepta su presencia, y trata de echarlo afuera, pero cuando logra su intento, corre a buscar al perro. Los sitios y las edades de la búsqueda son distintos: hemos visto cómo la abuela pintora busca a su nieta en los cuadros; el personaje (¿autobiográfico?) de Arturo Alape busca al padre en el tren; la secretaria de Badrán Padui busca confirmación de lugares comunes y de su fascinación en la oficina del jefe... pero quizá la búsqueda más intensa que encontramos en esta antología es la que se desarrolla en el magnífico cuento de Aguilera Garramuño. El ruido de unas tablas crujientes obstaculiza la búsqueda de una dramática realidad borrada de la memoria de una madre; su esfuerzo por recordar choca con sus defensas personales y con el silencio del marido. Esta búsqueda, con desenlace casi feliz es contada con una sabiduría y una pericia magistrales. El cuento permite apreciar "otro" Garramuño, tan conocido por sus cuentos eróticos.



Disponible hacia las nuevas sugerencias de la cultura actual, esta selección de cuentos resulta ser una muestra transgresora del modelo establecido de literatura colombiana

na en el exterior. La antología se propone como un desafío al lector convencional, sobre todo extranjero, así como a las industrias editoriales de países de otros idiomas, que, con unas excepciones, prefieren traducir obras de escritores ya consagrados o que de todo modo pertenecen a un ámbito ya canonizado de la literatura hispanoamericana. En muchos casos, la idea de literatura de América Latina sigue siendo enjaulada en el canon de lo real maravilloso y del compromiso político, hasta estar identificada, como señala Pineda Botero, con lo exótico y lo folclórico. La antología de Luz Mery Giraldo, en cambio, nos ofrece la imagen de una gran vitalidad cultural y creativa, de un desarrollo del cuento contemporáneo colombiano que nunca pretende ser lineal y coherente, pues es un proceso que refleja las contradicciones y el caos de la modernidad, y que nunca quiere regalar respuestas simplistas a las inquietudes del fin de siglo. Una antología que muestra una voluntad de búsqueda que sin duda nace de la imprescindible libertad de la literatura.

La utilidad de la crítica es provocar otras reflexiones, contribuyendo a crear aquel espacio que Milan Kundera llama "trasfondo meditativo", imprescindible para el arte, en general, y para la literatura en particular. En un trabajo anterior (*De cómo dar muerte al patriarca*), Luz Mery Giraldo escribía: "Hablar de narrativa de fin de siglo XX en Colombia significa proponer un cambio de perspectiva". Es una apasionante invitación para los investigadores, colombianos y extranjeros, para que, a partir del trasfondo meditativo aquí creado por la autora, estemos listos a enfrentarnos con esta nueva producción literaria que requiere no tanto nuevos instrumentos críticos, sino una nueva actitud frente a la cultura latinoamericana de fin de milenio.

EMANUELA JOSSA
Universidad Nacional de Colombia
Università degli Studi di Napoli
Federico II

Unos matan por tiranos, otros matan porque les ha tocado matar

Señorita

Gonzalo España

Sistemas & Computadores Ltda.,
Colección Pregón, Bucaramanga, 1996,
125 págs.

La novela fue finalista en el premio nacional de novela Eduardo Caballero Calderón, Colcultura, 1996. Está dividida en cuatro capítulos y éstos, a su vez, en apartes numerados. Los acontecimientos son narrados por un niño, que es protagonista y testigo de lo que ocurre en un pueblo, a mediados de los años cincuenta, época en la que se catalogaba a la gente por el color de la corbata o de los muros de la casa. Sin embargo, el peso de la violencia se diluye en la narración ingenua e inteligente de Laurentino, un niño de nueve años, que viaja a un pueblo llamado Portugal para pasar las vacaciones en la casa de sus tíos, y en los episodios absurdos, grotescos y cómicos que rompen el clima de tensión. A través de lo que escucha y comprende el muchacho, se sabe acerca de la violencia que ha marcado a los habitantes del pueblo y que, aunque no aparece en la novela, es evocada por ellos con temor y los obliga a mantenerse a la espera de que regrese otra vez; sin embargo, esto ocurre sólo en su imaginación.

Laurentino es un niño inteligente y despierto, que a causa de la polio perdió el brazo derecho, y sus aventuras empiezan a partir del momento en que deja la casa paterna. Al llegar al pueblo se hace amigo de El Conde, el perro de doña Clementina, la dueña de la casa donde viven los tíos.

Juega a las canicas y se divierte matando pájaros con una cauchera que maneja ayudado con los dientes. Su puntería es infalible y un día, cuando está jugando con los niños del pueblo, tiene el primer contacto

Obras de

Fídolo Alfonso González Camargo

en la Colección de Arte del Banco de la República



Paisaje con techos rojos

c 1910

Óleo sobre madera

16,3 x 21,2 cm

Reg. 2305



Calle 13, Carrera 4.^a, esquina

c 1910

Óleo sobre cartón

21,5 x 16 cm

Reg. 2300



Paisaje del río Tunjuelo

c 1910

Óleo sobre papel adherido a madera

27 x 20 cm

Reg. 2296



Alrededores de Egipto

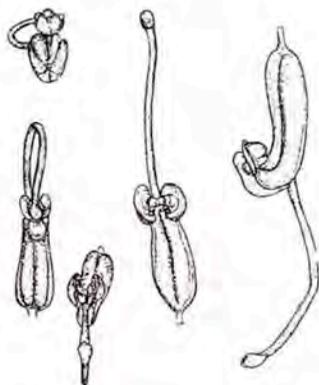
c 1910

Óleo sobre madera

20,3 x 28 cm

Reg. 2297

con Señorita, uno de los protagonistas de la violencia de esa zona; es un campesino de aspecto y trato amables, que tiene bajo su mando un escuadrón de gente que protege al pueblo de los "pájaros", a pesar de que él también es un matón que "lleva como menos treinta a la espalda".



Doña Clementina, la dueña de la casa, a diferencia de la tía, simpatiza con él, y le explica a Laurentino que en época de violencia "unos matan por tiranos, otros porque les ha tocado matar [...]". Que yo sepa, nunca se ha manchado las manos con la sangre de un inocente". Es una explicación simple y clara, dada por quien ha tenido que sobrevivir entre dos fuegos.

Un día el niño y su tío salen a cazar patos y, como hacerlo significaba una larga espera del momento preciso, Laurentino se va solo en busca del pato y en ese momento descubre que Zenaida, la hija de doña Clementina, está con don Arturo, su padrastro.

Una noche, mientras duermen se oyen cinco disparos, un estruendo en la puerta, y una persona que derriba la puerta para entrar. Era don Arturo, que al borde de un desmayo, aseguraba que los "pájaros" habían intentado matarlo, pero cuando Señorita llegó con cincuenta hombres para ofrecerle su apoyo a la familia, no encontró rastro alguno de los "pájaros" y luego doña Clementina se enteró de que los disparos de la noche anterior a su esposo habían sido hechos por el marido de una de las amantes de don Arturo,

lo cual le da un toque humorístico a los hechos y diluye el peso de la violencia y a la vez muestra la doble moral, la perversión oculta por las aparentes buenas costumbres de los habitantes del pueblo.

Doña Clementina saca de la casa al marido, y Zenaida intenta suicidarse. Al final de la novela se resuelven las historias que se han conocido a través del agradable, sencillo e ingenuo relato de Laurentino y que dejan ver la necesidad de cada uno de los personajes de encontrar la forma de vivir tranquilo, de defender sus derechos, así sea soslayando los recursos legales, de mantener sus costumbres y de imponer sus propias condiciones, a pesar del miedo que vive todo el pueblo. El autor, buen conocedor de la realidad colombiana, logra, a través de un relato impecable, darles veracidad a los hechos y a los personajes, sin caer en ningún momento en descripciones o situaciones truculentas. El carácter cinematográfico, humorístico y en ocasiones poético, que alcanza la narración, la libera de los esquematismos y de los recursos fáciles, tan frecuentes en los relatos de la violencia que vivió nuestro país y que tanto daño le hicieron a la narrativa de esa época.

HELENA IRIARTE

El viaje es la constante

La travesía del vidente

Mario Mendoza Zambrano
Instituto Distrital de Cultura y Turismo, Tercer Mundo Editores, Santafé de Bogotá, 1997, 125 págs.

El viaje: mágico bucle que lleva hacia sí mismo. Tal parece ser el objeto de este libro, ganador del concurso de cuento "Bogotá: una ciudad que sueña" en 1995.

Angus Longworth, Charles Baudesson, Aabdón Mujáil, Simón

Tebcheranny, Adai Shaiss, Neruch Ashoj Mardiross... todos los nombres de la obra son ya en sí mismos una promesa de misterio. Y tal juramento de secretos por descubrir, se ve fortalecido por los lugares: la isla de Molokai, Jerusalén, la prisión de Hyderabad, la fortaleza Antonia, la mítica ciudad de Gesara.

El viaje es la constante. Importa poco el lugar hacia el que vayamos, pues ese lugar no será más que un reflejo del propio viaje interior. El desplazamiento espacial no es más que la excusa para un ir perenne hacia el interior. El tiempo, camino dentro del laberinto. Visto así, el pasaporte es el viaje mismo.

Carl Sagan afirmaba en *Un punto azul pálido*:

Durante el 99,9% del tiempo desde que nuestra especie inició su andadura fuimos cazadores y forrajeadores, nómadas moradores de las sabanas y las estepas. Entonces no había guardias fronterizos ni personal de aduanas. La frontera estaba en todas partes [...] Con todas sus ventajas materiales, la vida sedentaria nos ha dejado un rastro de inquietud, de insatisfacción. Incluso tras cuatrocientas generaciones en pueblos y ciudades, no hemos olvidado. El campo abierto sigue llamándonos quedamente, como una canción de infancia ya casi olvidada.

No es algo muy distinto lo que se siente al leer este libro. A través de todas sus páginas el éxodo se justifica por sí mismo, como si se caminara al reencuentro de la infancia. Una infancia compuesta, entre otras cosas, de fuerzas poderosas anteriores al hombre; fuerzas que el hombre olvida, pero de las cuales no escapa.

Al leer este libro uno crea ciertas asociaciones con la narrativa de un Poe (especialmente el caso de Arthur Gordon Pym); de un Lovecraft, con su sentido demoníaco de realidades más allá de la razón, de geometrías ajenas a Euclides, de memorias olvidadas a propósito por el bien de la cordura; y, por supuesto, de un Joseph